

emigrados y sus figuras siniestras, implantando un régimen por tal modo absurdo, que lo rechazaba de sí hasta la tierra inerte. Su cancillería se asemejaba en lo moral á tantos y tantos seres humanos como aquellos que petrificó en Pompeya la ceniza del Vesubio y sus bituminosos torrentes de piedra pómez ó de lavas encendidas. Precedíanla nubes de cortesanos, tan ignorantes y ciegos como las estatuas erguidas todavía sobre los pedestales de mármol en los jardines de Trianon y de Versalles; acompañábanla dos furgones cargados con los instrumentos y máquinas indispensables á estampar papel moneda de mentirijillas; un ministerio imbécil y malvado, sólo comparable á él mismo, restauraba los viejos tributos y restablecía los seculares pechos que produjeran la revolución; unos remedos de inquisidores lanzaban del seno de las iglesias los curas juramentados y ponían en su lugar los curas refractarios, exigiendo á ciudadanos libres el juramento de recibir las cadenas y á probados patricios el juramento de no inferir daño ninguno al irruptor; pisando los faldones de éste y haciendo el papel repugnantisimo de los ayudantes del verdugo, sin acordarse, torpes y traidores, de que aún tenían patria y de que aún vivía Francia. En tal situación, ya no debe maravillarnos cuanto sucede con la sobrenatural fuerza prestada por una especie de súbita demencia, en aquel minuto supremo, al pueblo francés, el cual, sin estar electrizado por el magnetismo revolucionario, jamás hubiera podido ni siquiera intentar hazañas tan hercúleas como vencer con un gobierno anónimo los mayores imperios y reinos así del norte como del centro europeo; contestar al retador manifesto de la reacción universal con dignas estóicas respuestas; vencer con soldados bisoños á los veteranos; erigir los tribunos de los oradores sobre las gradas de los tronos y sostener Francia sola contra una coalición entera; superar el diluvio de la invasión y mantener contra todo y contra todos una heroica guerra.

Poco podía contra una calamidad como la que amagaba entonces la cabeza de Francia un gobierno improvisado por aquel Congreso, en cuyas deliberaciones tomaran el ocho de Agosto parte seiscientos ochenta diputados, el diez de Agosto doscientos ochenta y cuatro, el dos de Septiembre doscientos cincuenta y siete; Congreso, cada día más disminuido por sí mismo, y á medida que disminuía más dominado por la Comunidad revolucionaria, improvisada en minutos; imperiosísima desde su aparición misteriosa en las tinieblas; detentadora del espíritu impulsor; creyendo que gobernar sin ella equivale á gobernar contra ella; rica de fuerzas incalculables cuando todo lo puede la fuerza; organismo verdadero de aquel momento supremo, la dictadura implacable y omnipotente, oponiendo al despotismo de la invasión el despotismo de la defensa y al ejército regular sometido á la ordenanza el voluntario ebrio de ideas y al sable de los nobles la guillotina de los plebeyos. Pocas, muy pocas fuerzas, tenía el gobierno regular salido del Congreso con que contrastar el gobierno irregular salido del pueblo, cuando á tal gobierno lo abortaba la muerte y lo recibía la subversión. El irresoluto Roland con la frialdad del estóico mientras imponía

el destino la fuerza del héroe; más disertante que ministro en el gobierno, donde un silencio profundísimo debía reinar; buen sacerdote de la idea novísima y mal sacerdote de la razón de Estado; llamándose á boca llena independiente de todos y siendo dependiente de su bella é inspirada mujer; dado á la ocultación de sus timideces con frases enfáticas trasladadas de Séneca y de Lucano; resuelto á fomentar la lectura entre aquel estruendo de ciclopes que no permitía leer á los lectores, ni escuchar á los oyentes; siempre holgado con comentar sus órdenes, meditadas y escritas cuando la situación exigía muchos actos y rápidos, sin más comentario que su cumplimento y su obediencia; pedagogo, no gobernante, parecíase á Luis XVI en esto, en ir á un gobierno de combate como si fuese á un holocausto de sacrificio, declarándose con las agorerías sentimentales vencido antes aun de que lo venciesen sus contrarios. El ginebrino Claviere, hacendista primero de la República triunfante, provenía de los mismos orígenes y del mismo suelo que Necker, el hacendista de la monarquía constitucional; pero al revés de éste no engañó á nadie, pues nadie tampoco podía engañarse acerca de su competencia, entrando y saliendo en el ministerio con algo peor que la impopularidad, entre la universal indiferencia. Monge, ministro de Marina, era un buen matemático, y á fuer de buen matemático, todo lo hacía con claro método, pero con irresistible lentitud también, creído de que pueden las fórmulas algebraicas cumplirse como están en su abstracción; y sin mirar en la máquina complicada, que debía montar, el supremo coeficiente llamado de la impura realidad. Lebrun, el ministro de relaciones exteriores, era un oficinista, y se necesitaba un genio. Escribía también como Roland, y también como Roland ejecutaba poco, tarde, mal. Perteneía desde sus comienzos á esos publicistas que saben escribir á maravilla lo que piensan otros. Dumouriez lo encantaba con su maquiavelismo y á Dumouriez oyó con docilidad. El ministro de la Guerra, girondino puro también, discípulo de la Roland como los neo-platónicos de Alejandría lo fueron del verbo de Hispania; experimentaba intenso patriotismo y quería como su divina inspiratriz á la madre patria. No gozaba de los dones del genio, pero sabía suplirlos con el estudio profundo de las obras militares y el consejo pedido á todos los expertos en guerra y en milicia. El trabajo no le cansaba nunca. Su labor duraba desde los primeros albos del día entero hasta después del día, hasta la media noche. Era tan grande su amor al trabajo como su culto á la probidad. Se había hecho la cuenta de que allende morir nada le sucedería, y esperaba en aquellos momentos trágicos la muerte violenta suya en el trabajo impropio de impedir la muerte de los demás. Así hacía todo cuanto tiraba en aquel trance á detener el avance de los enemigos, á erigir en una fortaleza todo el territorio, á trocar los franceses de condición más pacífica en soldados, y los soldados de más civil extracción en héroes. Como se ve, todos los ministros eran el método mismo, la misma probidad, el equilibrio, la medida, la circunspección. Se necesitaba un genio, y apareció Danton.



Hay genios que lo son por su naturaleza intrínseca, por la naturaleza traída consigo al nacer, y genios que lo son por los hechos circunstantes. Poned á Mirabeau en cualquier edad, y fuera siempre un orador sublime; poned en cualquier edad á Vergniaud, y fuera siempre un orador melodioso. Pero Danton es un aborto del Etna revolucionario, un producto de la erupción política dilatada entonces por todas partes, un verdadero monstruo de la tempestad. Su voz estentórea sonaba como la voz de un demagogo; su cabeza fría era la cabeza de un estadista. Latíale, como á un tribuno de la plebe francesa, el corazón; pero las sienes latíanle como á un lógico de las cátedras universitarias. Excesivo de compleción, este natural violento lo violentaba todavía él, no poniendo puntales de ningún género á sus innatas propensiones, freno ninguno á sus intensos vicios. El estudio no le puliera jamás, y el amor lo exaltara siempre. Todo el tiempo que ahorran otros para estudiar, dispendiábalo él pródigamente y sin tasa en amar. Tuvo siempre la frente allá en el relámpago de los cielos tempestuosos, las plantas en el fangar de los lodos sociales. Pocos maestros podía encontrar en su vida hombre tan desaplicado; pero su tiempo le procuró dos excepcionales, Diderot, con menos genio, pero con más sentido que Rousseau; Smith, el oráculo infalible de la moderna economía. No se asemejaba en achaque de conocimientos y estudios á su colega Roland, pues, mientras éste comentaba libros en su espíritu, Danton aprendía hechos en el espacio. Campesino de abolengo, provincial de origen, abogado de carrera, fué revolucionario de vocación, revolucionario de temperamento, naciendo armado para vivir en las revoluciones, como puede nacer armado el león para vivir en los desiertos. De lo antiguo practicaba máximas, las cuales parecían archivadas en los estantes empolvados de la erudición clásica. Para Danton, el fin justificaba los medios; la salvación del pueblo es la suprema ley. A nadie pedía, para entrar en estrechas relaciones políticas, el certificado de buena conducta. Le cargaban las virtudes inexplotables para la política y le placían los vicios explotables para cualquier cosa útil. En toda virtud encontraba caracteres contemplativos, tendencias moderadas, circunspecciones y miramientos, con los cuales no podía transigir su impaciencia por una grande acción perdurable, y en esta grande perdurable acción por una constante audacia sin escrúpulos. No le importaba que le llamasen corrompido, con tal que no le creyesen burlado. Huía del engaño á saltos mortales y bruscos. Así, lo dispendiaba todo, el dinero de su bolsillo, el verbo de su labio, el tesoro de su robustez, menos la fuerza política. Sobre una vorágine, bajo un ciclón, á manera de los profetas improvisados en Asia por los espejismos del arenal inmenso y de los tribunos surgidos en la Edad Media de la credulidad universal, había topado con la dictadura, y no quería desaprovecharla, utilizándola, antes que para sí mismo y para su familia, para el ídolo de su vida, para el númen de su alma, para el amor de sus amores, para Francia. En este amor se ha derretido, pero también se ha forjado su temperamento de bronce. Todavía no cuenta la edad de Cristo,

y ya pasma por la madurez de su idea, por la energía de su voluntad, por la virtud de su constancia. Aquellos grandes esfuerzos de su alma trascienden á la robustez de su cuerpo. Con figura de gañán suma pensamiento de filósofo. Tiene cara de perro y ojo de pensador. El color á encendido tira, la piel parece una criba por granizada de viruela. Nadie ha sabido pasar al entusiasmo desde la cólera, sino él; nadie, como él, transportarse desde las fealdades del odio al arrobamiento del éxtasis. Carnicero, como un tigre de la Hircania, le asalta la piedad á veces, como si fuera una hermana de la Caridad. El mundo le perdona de mejor grado que á los demás homicidas, las matanzas que ha tolerado y que ha presidido, pues vertió mucha sangre ajena, pero también muchas lágrimas propias. Sus muertes, las muertes imputadas á su conciencia, le condenan á una, por la crueldad en sí, abominada y abominable, aunque se quiera cohonestar con el sentimiento patriótico, cual Felipe II cohonestó la naturaleza suya con el sentimiento religioso, y le condenan y le afean en el mundo más que á los demás crueles homicidas, por haber querido mucho á la humanidad, y mucho gusto de la vida. Así, aparece como el genio de los contrastes, con la razón muy fría y el pecho muy caliente; copioso en raciocinios lógicos y exaltado por lógicas pasiones. Defender la patria del extranjero; acerar al pueblo en la República: he ahí su obra. Mientras madame Roland y sus secuaces buscan el hombre ideal en libros de Plutarco, él saca de los hombres reales, en carne y hueso, vivos, llenos de pasiones, el hombre libre moderno. Una cosa Danton adivinó que nadie sabía entonces: la prosapia secular de la revolución, su inmanencia en el tiempo corriente, su transcendencia inevitable á los futuros siglos. Alcanzó, á pesar de su poco idealismo, que su personalidad provenía de cuantos héroes combatieron y de cuantos mártires espiraron por la libertad. Alcanzó que aquel minuto supremo y trágico de su paso por la vida contenía una eternidad. Comprendió que se hallaba en el caso de recibir un imperioso mandato de los tiempos pasados, y aperebir una Francia nueva para los tiempos venideros. Así, le pareció cosa de poco precio sacrificar la vida de algunos por la vida de todos. Así, le pareció mejor morir en el seno de una Francia libre, que llevar á la Historia el nombre francés menguado por la servidumbre. Sabía que se deshonoraba, pero conservando el honor de Francia. No se movió por ninguna quimera; se movió por una realidad tan clara como la patria en peligro. Si los Reyes tantas veces llegaron al crimen por defender el privilegio de su dinastía, ¿cómo extrañarnos de que Danton, en aquel peligro, cometiera crímenes por defender el derecho de todos los franceses? Nada de retórica; discurre, si le conviene un discurso; aulla, si le conviene un aullido. Combate por aquel aire donde respirara la vez primera y por aquel suelo donde naciera. En medio del vago cosmopolitismo reinante sólo tuvo un afecto superior: la patria. Nada en él de la metafísica usada por Mirabeau; nada en él de la teología explotada por Robespierre. Su filosofía toma de las circunstancias con gran carácter positivista; su ideal y su método político toman de los



combates una grande tendencia práctica. Por eso la voz oracular del gran positivista moderno co'oca á Danton en el período revolucionario al lado de San Pablo en el período apostólico mediante sabias analogías. Demasiado perezoso menospreció las preparaciones oratorias y los sistemas políticos; todo lo improvisó, el verbo y el hecho. Un deseo de hogar oculto le domina en medio del océano en que brega y naufraga. Su maza de titánico Hércules compadécese con la rueca de una modesta Onfalia sin esfuerzo ninguno, como en la fábula. Sobre la tribuna donde truena, trinca. La noche del diez de Agosto duerme, sabiendo que se acuesta súbdito de los Reyes y se levantará jefe de los franceses. Nada de método en él. Por eso no escribe, porque lo escrito pide un método repulsivo á su inteligencia y una corrección sistemática, bien impropia de sus incorrecciones irremediables. Cuando se mueve, lo sacude todo, porque precede á sus movimientos, con larguísimo reposo. Lo peor que tuvo fué aquel instrumento de acción, que llamaba su partido. Quiso fundar el gobierno de la democracia y sólo tuvo á mano el puñal de la demagogia. Pero no puede negarse que tuvo un práctico pensamiento y una firme resuelta voluntad.

Convergamos en que miles de causas sumadas, como si dijéramos concausas, esparcían el terror, después de vivamente animarlo, por todas partes. Los agentes, que más influyen sobre la sociedad, son aquellos que menos se ven y se tocan, los generales, como en la Naturaleza al flúido eléctrico y el magnético, derivados del etéreo, están esparcidos por do quier y producen sus efectos, aunque no los conociéramos, como los conocemos hoy, que los guardamos en nuestras maravillosas máquinas y los dividimos y los separamos por análisis químicos de los otros elementos creadores y conservadores de la vida. Puede muy bien la ciencia separar estos elementos, analizarlos; la Naturaleza no hace lo que la ciencia: los presenta juntos, combinados, confundidos, para que sean eficaces. La ciencia tiene la idea de los elementos generales; pero la Naturaleza tiene su realidad. Lo mismo sucede con el terror célebre revolucionario de Francia. Tiene su idea la Historia, y tuvo su realidad el tiempo aquel, un tiempo generado por miles de concausas, desarrolladas á los ojos de quien las leyera en estas páginas de nuestra Historia. El desatinado manifiesto de la coalición realista desatinó á los franceses. Vióse claro que los emigrados asistían á los irruptores; que la corte llamaba como Francia irruptores y emigrados; que se traicionaba desde arriba tanto la libertad como la patria; que acababa de pasar la gente realista el espacio de la frontera, invadiendo la nación y negando su independencia en el momento de proclamarse la soberanía nacional; que Lafayette se habia marchado á ponerse bajo banderas extrañas; que Longwy acababa de caer sin resistencia y Verdun acababa de seguir á Longwy; que aparecía el territorio entre París y el Nordeste de las fronteras abierto á la conquista, y que toda esta obra de regreso hacia la desmembración y el absolutismo contaba dentro de las capitales y de los campos muchísimos cómplices, á quienes convenia combatir sin cuartel y exterminar sin piedad. Así, todo el

mundo veía llegar el terror engendrado en la colectividad por este afecto colectivo del amor exaltado á la patria y á la libertad amenazadas; y los más previsores trataban, ya que no fuera posible impedirlo, por una evidente fatalidad, regularizarlo, y con esta regularidad, deshacerlo, y, si no deshacerlo, contrastarlo en todo cuanto fuese posible. Valía más aplicar al crimen colectivo de aquella conjuración gigantesca un castigo regularizado legalmente, que no aplicarle una matanza, en la cual fuese cada ciudadano juez y verdugo de sus conciudadanos, trocando la vindicta pública en venganza personal. Hallóse la Legislativa con una multitud de presos, provenientes del combate reciente, y no sabía qué hacer con ellos, amenazados como estaban del terror y de la cólera populares. Y, para sustraerlos á estas cóleras, no había como constituir un tribunal militar encargado de infligir penas severísimas á los jefes, para con estos castigos á la cabeza, devolver la salud al cuerpo; salvar á la generalidad de los prisioneros. Lacroix, amigo de Danton, propuso el nombramiento de estos tribunales, únicos autorizados para conjurar la cólera pública é impedir la matanza ciega. Según verosímiles indicaciones, Lacroix se había puesto de acuerdo con Danton para este proyecto de conjurar los primeros efluvios del terror y los primeros arrebatos de la venganza regularizándolos. La Comunidad revolucionaria se opuso á esta obra, en sus apariencias cruel, en su realidad verdaderamente piadosa. Intentando absorberlo todo en su dictadura erigida por la revolución, creía le faltaba mucho, si, habiendo empuñado el cetro de los Reyes, no empuñaba el báculo de los jueces. Y para mostrar que poseía este último, pues del primero no hay que hablar, mostrando, cual mostraba, tener la dinastía bajo llave, remontaba los naturales afectos de las familias malheridas por el combate del diez de Agosto, y conseguía con estas exacerbaciones, con meter el candente hierro en la herida enconada, que la venganza popular pidiese holocaustos y más holocaustos al poder público, le notificase como, de no entregarle á tiempo las víctimas necesarias para estos holocaustos, se tomaría la justicia por su mano, y reproduciría en los nobles las matanzas hechas otro tiempo en los pueblos por los Reyes. Aquellas secciones de los barrios, que abortaran el poder ejecutivo de la revolución, poder casi anónimo, y por casi anónimo, poder irresponsable y omnipotente, debían abortar también el poder judicial, encargado, no tanto de distribuir la justicia pública, como de traer la venganza plebeya. En vano se resistió el Congreso á esta nueva imposición de la Comunidad. Turbas desharrapadas y obrias iban á su barra continuamente, demandando, como esbirros voraces, víctimas y más víctimas, sangre y más sangre. Así pedían estos abortos del infierno, ciegos de conciencia, exterminadores por instinto, como las especies carniceras, la entrega de todos los supuestos reos, detenidos en las prisiones, á un tribunal compuesto por la Comunidad revolucionaria é inspirado por Marat mismo en persona. Este doctor asesino, en las entrañas de los más hondos subterráneos oculto durante la gigantesca lucha entre la Monarquía y la democracia; vencedora ésta surgía, como si vi-